

[DEL CUERPO DEL SEÑOR.]

ADVERTENCIA AL SIGUIENTE OPÚSCULO.

En el códice número 19 del convento mayor agustiniano, el siguiente tratado lleva el título: "Inicia un tratado del beato Bernardo sobre el cuerpo del Señor", y al final: "Termina el libro del beato Bernardo sobre el cuerpo del Señor". La fidelidad corresponde al códice, en el cual es digno de notar que las meditaciones publicadas bajo el nombre del divino Bernardo se extienden solo hasta el capítulo catorce, y terminan con las palabras: "Cuanto más ame a Dios, tanto más cerca lo verá, a quien ver es el fin sin fin". La edición, sin embargo, dice: "Tanto más cerca lo verá, a quien desea ver", etc. El mismo códice me proporciona el libro de Isidoro de Sevilla, "De norma vivendi", mucho más extenso bajo el título: "Fórmula de vida honesta", pero sobre esto en otra ocasión.

TRATADO DEL CUERPO DEL SEÑOR

Recordando las misericordias de Dios, demos gracias a Él que, por las entrañas de su misericordia, nos visitó, el Oriente desde lo alto (Luc. I, 38). Pues si, lo que Dios no quiera, fuéramos ingratos con Aquel que nos hizo por sí mismo y por sí mismo nos redimió, seremos arrojados de la casa como siervos inútiles, y como un árbol infructuoso seremos arrancados de la tierra de los santos. Rechazando, por tanto, toda ingratitud, porque somos hijos de la gracia, veamos la caridad sobreabundante, la misericordia superabundante que esa majestad exhibe diariamente a los pecadores. ¿Pensáis que Dios vino a vosotros una sola vez, que os dejó, que visitó la tierra una vez y ya no la miró más? ¿Acaso se ha acortado la mano de Dios, o se ha debilitado su poder, o ha olvidado Dios tener misericordia, de modo que quien una vez se dio a conocer, ahora se ha retirado por completo? De ninguna manera. "He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo" (Mat. XXVIII, 20). Es la Verdad quien habla, y la verdad habla la verdad, y no te engaña, oh hombre, quien te ama mucho, ni quiere ser engañado por ti. Todo esto lo hace por ti.

Él mismo quiere permanecer con nosotros, para que nosotros estemos con Él, más aún, no estamos, de modo que pueda decirnos verdaderamente: "Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me habéis conocido: Felipe, etc." (Juan 14, 6). Por eso dice: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado, por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?" (Sal. IV, 3). He aquí que diariamente viene a nosotros apareciendo humilde, y no lo reconocemos; diariamente desciende del seno del Padre sobre el altar en manos del sacerdote, y no lo conocemos; diariamente se humilla, como cuando vino de las sedes reales al vientre de la Virgen, y nosotros endurecidos no lo consideramos; oh hombre, ¿crees que este es el Hijo de Dios? Ciertamente creo y confieso. ¿Y cómo no desfalleces por completo, no te llenas de temor, no tiembles por completo, cuando Aquel a quien los ángeles temen, y todo el orden celestial adora, diariamente se abaja por ti, tierra y ceniza? Sospecho que solo confiesas con la voz lo que no tienes en el corazón, y contradices con tus obras. Pues si no crees, ya estás juzgado; si en verdad crees como dices, y actúas tan irreverentemente ante tan magnífico sacramento, eres necio, eres sumamente soberbio, y se encuentra tu iniquidad para odio. (Sal. XXXV, 3). Él mismo dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él" (Juan VI, 57). ¿Cómo permaneces en Aquel a quien no honras con obras iniquas, y con costumbres perversas lo exasperas, quien es verdaderamente santo, y en quien no puede permanecer sino lo santo? ¿O cómo permanece en ti, soberbio, quien no reposa sino sobre el humilde y tranquilo? (Is. LXVI, 7). Si, por tanto, no permanece en ti, no comes su carne, ni bebes su sangre; si no comes, no puedes ser salvado en absoluto, según él mismo

dice: "Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Juan 6, 53-54).

¿Quieres, entonces, comer la carne del Hijo del hombre para tener vida eterna? Para ser digno, recuerda lo que sufrió por ti, y con constante recordación encomienda a tu memoria las pasiones del alma y las necesidades del cuerpo, repasa todo hasta la muerte en la Cruz: así, ofrece a su ejemplo e imitación, tu cuerpo y alma, como hostia viva, santa, agradable a Él, para que te ofrezcas todo a Él como sacrificio aceptable en olor de suavidad, como Él mismo se entregó por completo en tu redención. Finalmente, cree firmemente, sin ninguna duda mental, que el pan santo y el vino santo sobre el altar, según la forma de la santa Iglesia, se convierten verdaderamente en su cuerpo y sangre en manos del sacerdote, y tómalo con digna reverencia, con santo temor, buena conciencia, caridad pura, y fe no fingida. Recordando que así como apareció a los santos apóstoles en verdadera carne, así ahora se nos muestra en el santo pan, y así como ellos, con la vista de su carne, solo veían su carne, pero creían en Dios contemplándolo con ojos espirituales, así también nosotros, viendo el pan y el vino, creamos que son su cuerpo y sangre y que están vivos y verdaderos.

Por eso, por eso apareció la divina benignidad, para que el hombre humilde aparezca glorioso en la divinidad. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, y lo veremos tal como es por su gloria, que es plenísima, sufficientísima, y abundantísima eternamente en todos los que lo aman en verdad. A Él solo honor y gloria en el Espíritu Santo. Amén.